

EL PRÍNCIPE

NICOLÁS MAQUIAVELO

EL PRÍNCIPE

Prólogo de Isaiah Berlin

Traducción de
Carlos Fernández Muñoz
y Roberto Ramos Fontecoba

PÁGINA INDÓMITA

Título original:
Il Principe (1513, 1532)

© del prólogo, Isaiah Berlin, 1972
© de la edición de los textos del prólogo en inglés,
Henry Hardy, 1979, 2013
© de la traducción, Carlos Fernández Muñoz
© de la traducción del prólogo, Roberto Ramos Fontecoba
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Ilustración de cubierta: retrato de Maquiavelo, por Santi di Tito
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: marzo de 2022

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-123847-2-7
Depósito legal: C-18-2022

ÍNDICE

PRÓLOGO, POR ISAIAH BERLIN	11
Cronología	121
EL PRÍNCIPE	125
Nicolás Maquiavelo, al magnífico Lorenzo de Médici	127
I. Cuántas clases de principados hay y cómo se adquieren	129
II. Sobre los principados hereditarios	131
III. Sobre los principados mixtos	133
IV. Por qué el reino de Darío, ocupado por Alejandro, no se rebeló contra los sucesores de este tras su muerte	145
V. Cómo hay que gobernar las ciudades o principados que antes de ser ocupados vivían según sus propias leyes	149
VI. Sobre los principados nuevos que se adquieren con las armas propias y la virtud	151

VII. Sobre los principados nuevos que se adquieren con las fuerzas ajenas y la fortuna	157
VIII. Sobre quienes alcanzaron el principado mediante fechorías	167
IX. Sobre el principado civil	175
X. Cómo valorar las fuerzas de cada principado	181
XI. Sobre los principados eclesiásticos	185
XII. Sobre los diferentes tipos de tropas y los soldados mercenarios	189
XIII. Sobre las tropas auxiliares, mixtas y propias	197
XIV. Los deberes del príncipe en lo concerniente a la milicia	203
XV. Sobre las cosas por las que los hombres, y especialmente los príncipes, son alabados o vituperados	207
XVI. Sobre la generosidad y la parsimonia	211
XVII. Sobre la crueldad y la clemencia, y si vale más ser amado que temido, o viceversa	215
XVIII. Cómo debe mantener su palabra un príncipe	221
XIX. Cómo evitar el desprecio y el odio	225
XX. Sobre si las fortalezas y otros medios de defensa que los príncipes emplean a menudo son útiles o perniciosos	239
XXI. Cómo debe conducirse un príncipe para ser estimado	245

ÍNDICE

xxii. Sobre los secretarios del príncipe	251
xxiii. Cómo evitar a los aduladores	253
xxiv. Por qué los príncipes de Italia han perdido sus Estados	257
xxv.Cuál es el poder de la fortuna en las cosas humanas, y cómo afrontarla cuando es contraria	261
xxvi. Exhortación a liberar a Italia de los bárbaros	267
Índice onomástico	273

PRÓLOGO

LA ORIGINALIDAD DE MAQUIAVELO¹

I

Hay algo sorprendente en la gran cantidad de interpretaciones de las opiniones políticas de Maquiavelo. Hasta la fecha, existen más de una veintena de teorías destacadas sobre cómo interpretar *El príncipe* y los *Discursos*, además de un gran número de visiones y glosas secundarias. La bibliografía es amplia y crece más rápido que nunca.² Y si bien puede que no exista más que el grado normal de desacuerdo en lo que atañe al significado de términos particulares o a las tesis contenidas en esas obras, resulta llamativa la divergencia por lo que respecta a la visión central: la posición política de Maquiavelo.

1. Publicado originalmente en Myron P. Gilmore (ed.), *Studies on Machiavelli*, Sansoni, Florencia, 1972, e incluido con posterioridad en Isaiah Berlin, *Against the Current: Essays in the History of Ideas*, Hogarth Press, Londres, 1979 (2ª ed. Princeton University Press, Nueva Jersey, 2013), y en *id.*, *The Proper Study of Mankind: An Anthology of Essays*, Chatto & Windus, Londres, 1997 (2ª ed. Vintage, Nueva York, 2013). El texto, como es habitual en los escritos de Isaiah Berlin, ha sido editado por Henry Hardy. (*N. del E.*)

2. La lista completa contiene hoy [1972] más de tres mil referencias. Los estudios bibliográficos que me han parecido más

Este fenómeno es más fácil de entender en el caso de otros pensadores cuyas opiniones han seguido desconcertando o agitando a la humanidad —Platón, por ejemplo, o Rousseau, o Hegel, o Marx—. Pero podría decirse que Platón escribió en un mundo y en un lenguaje que no podemos estar seguros de entender; que Rousseau, Hegel y Marx fueron teóricos prolíficos, cuyas obras difícilmente son modelos de claridad o consistencia. En cambio, *El príncipe* es un libro breve: su estilo suele describirse como singularmente lúcido, sucinto, ácido —como un modelo de la clara prosa renacentista—. Y los *Discursos* son igualmente claros y precisos; además, teniendo en cuenta lo habitual en los tratados de política, no son demasiado largos. Sin embargo, no hay consenso sobre el significado de una y otra obra; no han sido absorbidas por el entramado de la teoría política tradicional, y continúan despertando sentimientos apasionados. Obviamente, *El príncipe* ha sido objeto de interés y admiración de algunos de los hombres de acción más formidables de los últimos cua-

valiosos son: P. H. Harris, «Progress in Machiavelli Studies», *Italica* 18, 1941, pp. 1-11; E. W. Cochrane, «Machiavelli: 1940-1960», *Journal of Modern History* 33, 1961, pp. 113-136; F. Gilbert, *Machiavelli and Guicciardini*, Princeton, 1965; G. Prezzolini, *Machiavelli anticristo*, Roma, 1954; D. L. Jensen (ed.), *Machiavelli: Cynic, Patriot, or Political Scientist?*, Boston, 1960; R. C. Clark, «Machiavelli: Bibliographical spectrum», *Review of National Literatures* 1, 1970, pp. 93-135.

tro siglos, y en particular del nuestro, hombres que en general no son adictos a la lectura de textos clásicos.

Hay sin duda algo peculiarmente perturbador en lo que Maquiavelo dijo o insinuó, algo que ha causado un profundo y duradero desasosiego. Los estudiosos modernos han señalado ciertas inconsistencias, reales o aparentes, entre el predominante sentimiento republicano de los *Discursos* (y de la *Historia de Florencia*) y el consejo a los gobernantes absolutos en *El príncipe*. Hay, por supuesto, una diferencia de tono entre los dos tratados, así como enigmas cronológicos. Y esto, en lo que atañe al carácter, los motivos y las convicciones de Maquiavelo, plantea problemas que durante más de trescientos años han constituido un rico campo de investigación y especulación para especialistas en literatura y lingüistas, para psicólogos e historiadores.

Pero no es eso lo que ha conmocionado los sentimientos occidentales. Ni puede ser únicamente el «realismo» de Maquiavelo, o su defensa de políticas brutales, inescrupulosas o despiadadas, lo que ha perturbado tan profundamente a tantos pensadores posteriores, y ha conducido a algunos de ellos a explicar o justificar su defensa de la fuerza y el engaño. El hecho de que veamos cómo los malvados prosperan, o de que parezca valer la pena tomar derroteros inmorales, nunca ha estado alejado de la conciencia de la humanidad. La Biblia, Heródoto, Tucídides, Platón, Aristóteles —por mencionar solo algunos de los pilares de la cultura occidental—,

esto es, personajes como Jacob, Josué y David, el consejo de Samuel a Saúl, el diálogo de los melios que nos ofrece Tucídides, o su relato de al menos una resolución ateniense feroz (aunque luego rescindida), las filosofías de Trasímaco y Calicles, el consejo de Aristóteles a los tiranos en su *Política*, los discursos de Carnéades en el Senado romano tal como los relata Cicerón, la visión del Estado secular que, desde una posición privilegiada, nos ofrecen Agustín de Hipona por un lado y Marsilio por otro: todo ello había arrojado sobre las realidades políticas suficiente luz para que los crédulos abandonasen el idealismo acrítico.

La explicación difícilmente puede radicar solo en la dureza de Maquiavelo, aun cuando él haya entrado en los detalles del asunto como quizá nadie lo había hecho antes.³ Incluso si las primeras reacciones de indignación —las de Pole o Gentillet, por ejemplo— se pueden explicar así, no ocurre lo mismo con las reacciones de aquellos familiarizados con los puntos de vista de Hobbes, Spinoza, Hegel o los jacobinos y sus herederos. Tiene que haber alguna otra cosa que explique tanto el crónico horror que despierta el autor como las diferencias entre sus comentaristas. Y tal vez ambos fenómenos estén relacionados. Para indicar la naturaleza del segundo, per-

3. Su costumbre de poner las cosas *troppo assolutamente* fue señalada ya por Guicciardini. Véase «Considerazioni intorno ai Discorsi del Machiavelli», en R. Palmarocchi (ed.), *Scritti politici e ricordi*, Bari, 1933 libro I, cap. 3, p. 8.

mítaseme que, de las interpretaciones rivales de las opiniones políticas de Maquiavelo, cite únicamente las más conocidas que se han dado desde el siglo XVI.

Según Alberico Gentili⁴ y Garrett Mattingly,⁵ el autor de *El príncipe* escribió una sátira, pues sin duda no pudo haber querido decir literalmente lo que dijo. Para Spinoza,⁶ Rousseau,⁷ Ugo Foscolo⁸ y Luigi Ricci (quien introduce *El príncipe* para los lectores de *The World's Classics*),⁹ se trata de un relato con moraleja. Y es que Maquiavelo, entre otras cosas, fue un apasionado patriota, un demócrata, un creyente en la libertad, y su intención en *El príncipe* (Spinoza es especialmente claro al respecto) tiene que haber sido advertir a los hombres sobre los tiranos, sobre cómo son y lo que pueden hacer, para que así podamos oponernos mejor a ellos. Tal vez el autor no podía escribir abiertamente contra dos po-

4. A. Gentili, *De legationibus libri tres*, Londres, 1585, libro 3, cap. 9, pp. 101-102.

5. G. Mattingly, «Machiavelli's *Prince*: Political science or political satire?», *American Scholar* 27, 1958, pp. 482-491.

6. B. Spinoza, *Tractatus politicus*, cap. 5, sección 7.

7. J.-J. Rousseau, *El contrato social*, libro 3, cap. 6.

8. U. Foscolo, *Dei sepolcri*, 156-158: «Quel grande / che temprando lo scettro a' regnatori / gli allòr ne sfronda, ed alle genti svela / di che lagrime grondi e di che sangue» («Ese grande que, al endurecer el cetro de los gobernantes, poda sus laureles y revela al pueblo cómo brotan las lágrimas y la sangre»).

9. L. Ricci, prefacio de Niccolò Machiavelli, *The Prince*, Londres, 1903.

tencias rivales —la Iglesia y los Médici— que lo contemplaban con idénticas (y no injustificadas) sospechas. *El príncipe* sería por lo tanto una sátira (aunque me parece que ninguna obra se lee menos como tal).

Para A. H. Gilbert¹⁰ es cualquier cosa menos eso. Se trata de una pieza típica de su época, un espejo de príncipes, género literario bastante común en el Renacimiento y antes (así como después); un trabajo con préstamos y ecos muy obvios, más prodigioso que la mayoría de escritos similares y ciertamente más duro (e influyente), pero no muy distinto en lo que atañe al estilo, el contenido o la intención.

Giuseppe Prezzolini¹¹ e Hiram Haydn¹² (siguiendo a Fichte y a otros)¹³ lo consideran más plausiblemente una pieza anticristiana, un ataque contra la Iglesia y todos sus principios, una defensa de la visión pagana de la vida. En cambio, Giuseppe Toffanin¹⁴ cree que Maquiavelo era cristiano, aunque uno un tanto peculiar, opinión de la que no discrepan ni Roberto Ridolfi,¹⁵ su más distinguido biógrafo moderno, ni Leslie Walker (en su edi-

10. A. H. Gilbert, *Machiavelli's Prince and its Forerunners*, Durham, 1938.

11. G. Prezzolini, *Machiavelli anticristo*, op. cit.

12. H. Haydn, *The Counter-Renaissance*, Nueva York, 1950.

13. Por ejemplo, los españoles Pedro de Ribadeneyra, *Tratado de la religión*, Madrid, 1595, y Claudio Clemente, *El machiavelismo degollado*, Alcalá, 1637.

14. G. Toffanin, *La fine dell'umanesimo*, Turín, 1920.

15. R. Ridolfi, *Vita di Niccolò Machiavelli*, Roma, 1954.

ción inglesa de los *Discursos*).¹⁶ Es más, Alderisio¹⁷ lo ve como un católico sincero, aunque no llega tan lejos como el agente de Richelieu, el canónigo Louis Machon, en su *Apologie pour Machiavelle*,¹⁸ o el anónimo compilador del siglo XIX de las *Religious Maxims Faithfully Extracted from the Works of Niccolò Machiavelli* (mencionadas por Ridolfi en el último capítulo de su biografía).¹⁹

Para Benedetto Croce²⁰ y los muchos estudiosos que lo han seguido, Maquiavelo es un humanista angustiado, y uno que, lejos de intentar suavizar la impresión causada por los crímenes que describe, lamenta los vicios de los hombres que hacen que esos perversos derroteros sean políticamente inevitables —un moralista que «a veces experimenta una náusea moral»²¹ al

16. *The Discourses of Niccolò Machiavelli*, trad. y ed. de L. J. Walker, Londres, 1950.

17. F. Alderisio, *Machiavelli: L'arte dello stato nell'azione e negli scritti*, Turín, 1930.

18. Citado por G. Prezzolini, *Machiavelli anticristo*, op. cit.

19. R. Ridolfi, *Vita di Niccolò Machiavelli*, op. cit.

20. B. Croce adscribe a Maquiavelo «un'austera e dolorosa coscienza morale», *Elementi di politica*, Bari, 1925, p. 62. La idea de que Maquiavelo en realidad desea mostrar al desnudo la política de la fuerza —eso que Gerhard Ritter ha denominado *Die Dämonie der Macht*, «la naturaleza maligna del poder» (*Machtstaat und Utopie*, Múnich, 1940)— se remonta al siglo XVI. Véase la aún hoy ingualada edición de *El príncipe* a cargo de L. Burd (Oxford, 1891, pp. 31 y sigs.).

21. B. Croce, *Elementi di politica*, op. cit., p. 66; véase el comentario de E. W. Cochrane, «Machiavelli: 1940-1960», art. cit., p. 115.

contemplar un mundo en el que los fines políticos solo pueden alcanzarse por medios moralmente perversos, y por lo tanto el hombre que ofició la separación entre las esferas de la política y de la ética—. Sin embargo, para los estudiosos suizos Walder, Kaegi y Muralt,²² era un humanista amante de la paz, que creía en el orden, la estabilidad, el placer de la vida, el control de los elementos agresivos de nuestra naturaleza dentro de la clase de armonía civilizada que encontró, en su forma más acabada, en las bien armadas democracias suizas de su tiempo.²³

Para el neoestoico Justus Lipsius y, un siglo después, para Algarotti (en 1759) y Alfieri (en 1786),²⁴ fue un patriota apasionado, que vio en César Borgia al hombre que, de haber vivido más tiempo, podría haber liberado a Italia de los bárbaros franceses, españoles y austriacos que la pisoteaban y la habían reducido a la desgracia y la pobreza, la decadencia y el caos. Pero Garrett Mattingly²⁵ no compartía ese punto de vista, porque le parecía obvio — y no dudaba de que tendría que

22. Para las referencias, véase E. W. Cochrane, art. cit., p. 118.

23. «Los suizos, que están armados del mismo modo [que Roma y Esparta], se mantienen también sumamente libres». *El príncipe*, cap. 12.

24. V. Alfieri, *Del principe e delle lettere*, lib. 2, cap. 9, en A. Donati (ed.), *Opere*, vol. 4, Bari, 1927, pp. 172-173.

25. G. Mattingly, «Machiavelli's Prince: Political science or political satire?», art. cit.

haber sido igualmente obvio para Maquiavelo— que César era un incompetente, un charlatán, un miserable fracasado; mientras que Eric Voegelin parece sugerir que quien se cierne ante la imaginativa mirada de Maquiavelo no es César Borgia, sino (nadie menos que) Tamerlán.²⁶

Para Cassirer,²⁷ Renaudet,²⁸ Olschki,²⁹ y Keith Hancock,³⁰ Maquiavelo es un técnico frío, sin compromisos ni éticos ni políticos, un analista objetivo de la política, un científico moralmente neutro, quien (nos dice Karl Schmid)³¹ se anticipó a Galileo al aplicar métodos inductivos al material social e histórico, y no tenía interés moral en el empleo que se diese a sus descubrimientos técnicos — estaba dispuesto a ponerlos al alcance por igual de liberadores y déspotas, de hombres buenos y canallas—. Renaudet describe su método como «pura-

26. E. Voegelin, «Machiavelli's *Prince*: Background and formation», *Review of Politics* 13, 1951, pp. 142-168.

27. E. Cassirer, *The Myth of the State*, Londres y New Haven, 1946, cap. 12.

28. A. Renaudet, *Machiavel: Étude d'histoire des doctrines politiques*, París, 1942.

29. L. Olschki, *Machiavelli the Scientist*, Berkeley, 1945.

30. W. K. Hancock, «Machiavelli in Modern Dress: An Enquiry into Historical Method», *History* 20, 1935-1936, pp. 97-115.

31. K. Schmid, «Machiavelli», en R. Stadelmann (ed.), *Grosse Geschichtsdenker*, Tubinga/Stuttgart, 1949; véase la reveladora reseña de la obra de L. von Muralt, *Machiavellis Staatsgedanke*, Basilea, 1945, a cargo de A. P. d'Entrèves, *English Historical Review* 62, 1947, pp. 96-99.

mente positivista»; Cassirer, como focalizado en la «estática política». Pero para Federico Chabod no es en absoluto un calculador frío, sino alguien apasionado hasta el punto del irrealismo;³² Ridolfi también habla de «*il grande appassionato*»,³³ y Caprariis³⁴ lo contempla como sumamente visionario.

Para Herder es, por encima de todo, un maravilloso espejo de su época, un hombre sensible a los contornos de su tiempo, que describió fielmente lo que otros no admitían o reconocían, una mina inagotable de aguda observación contemporánea; y esta opinión es aceptada por Ranke y Macaulay, por Burd y, en nuestros días, Gennaro Sasso.³⁵ Para Fichte, es un hombre con una profunda comprensión de las verdaderas fuerzas históricas (o suprahistóricas) que moldean a los seres humanos y transforman su moralidad —en particular, un

32. En un artículo de 1925, Chabod desarrolla la opinión de Croce en una dirección más cercana a sus propias conclusiones —«Del “Principe” di Niccolò Machiavelli», *Nuova Rivista Storica* 9, 1925, pp. 35-71, 189-216, 437-473; reimpresso como libro, Milán/Roma/Nápoles, 1926 —. Véase la compilación en inglés de los ensayos de Chabod sobre Maquiavelo, *Machiavelli and the Renaissance*, trad. D. Moore, intr. A. P. d’Entrèves, Londres, 1958, pp. 30-125 («The Prince: Myth and Reality»), y *Scritti su Machiavelli*, Turín, 1964, pp. 29-135.

33. R. Ridolfi, *Vita di Niccolò Machiavelli*, *op. cit.*, p. 364.

34. V. de Caprariis, reseña de Renaudet, *Machiavel*, *op. cit.*, *Rivista Storica Italiana* 60, 1948, pp. 287-289.

35. G. Sasso, *Niccolò Machiavelli*, Nápoles, 1958.

hombre que rechazó los principios cristianos en pro de los de la razón, la unidad política y la centralización—. Para Hegel es el hombre de genio que vio la necesidad de unir una colección caótica de principados pequeños y débiles en un todo coherente; tal vez los remedios que él propone causen indignación, pero son accidentes debidos a las condiciones de su tiempo, ya pasado. Ahora bien, por obsoletos que sean sus preceptos, comprendió algo más importante (las demandas de su propia época): había llegado la hora del nacimiento del Estado político moderno, centralizado, para cuya formación «estableció los principios fundamentales, verdaderamente necesarios». ³⁶

La tesis de que Maquiavelo era ante todo un italiano y un patriota que le hablaba principalmente a su propia generación —si no solo a los florentinos, sí únicamente a los italianos—, y de que debe ser juzgado única

36. Si *El príncipe* es contemplado en su contexto histórico —una Italia dividida, invadida, humillada—, emerge no como un desinteresado «sumario de principios morales y políticos, apropiados para todas las situaciones y por lo tanto para ninguna», sino «como una magnífica y verdadera concepción de un hombre de auténtico genio político, una de las mentes más grandes y nobles» —*Die Verfassung Deutschlands, in Schriften zur Politik und Rechtsphilosophie* (Sämtliche Werke, ed. G. Lasson, vol. 7), 2.^a ed., Leipzig, 1923, p. 113—. Véase la p. 135 de la misma obra para la defensa hegeliana de «*die Gewalt eines Eroberers*» («la violencia del conquistador»), concebida como unificadora de las tierras alemanas. Hegel veía a Maquiavelo como un precursor en una situación italiana análoga.

o fundamentalmente en los términos de su contexto histórico, es una posición compartida por Herder y Hegel, Macaulay y Burd, De Sanctis y Oreste Tommasini.³⁷ Sin embargo, para Herbert Butterfield³⁸ y Raffaello Ramat,³⁹ Maquiavelo carecía de sentido tanto científico como histórico. Obsesionado con los autores clásicos, su mirada se dirige a un pasado imaginario; de forma ahistórica y apriorística, deduce sus máximas políticas de axiomas

37. En especial por Tommasini, en su enorme compendio *La vita e gli scritti di Niccolò Machiavelli nella loro relazione col machiavellismo*, vol. I, Roma/Turín/ Florencia, 1883; vol. 2, Roma, 1911. Al respecto, Cassirer señala de manera acertada y relevante que valorar (o justificar) las opiniones de Maquiavelo únicamente como un espejo de su época es una cosa, y sostener que él se dirigía de manera consciente solo a sus compatriotas y, si hemos de creer a Burd, ni siquiera a todos ellos, es otra muy diferente, lo cual implica contemplar erróneamente a Maquiavelo y la civilización a la que pertenecía. El Renacimiento no se veía a sí mismo con perspectiva histórica. Maquiavelo buscó (y creyó haber encontrado) verdades atemporales, universales, sobre el comportamiento social. No se le sirve ni a él ni a la verdad al negar o ignorar las suposiciones ahistóricas que compartía con todos sus contemporáneos y predecesores. Para un hombre que creía haber descubierto verdades eternas, tal vez hubiesen resultado irritantes los elogios que le prodigó después la escuela histórica alemana, de Herder en adelante, así como el marxista Antonio Gramsci, por los dones en los que vieron su fuerza —su sentido realista de su propio tiempo, su visión de las condiciones sociales y políticas rápidamente cambiantes de la Italia y la Europa de su época, el colapso del feudalismo, el nacimiento del Estado nacional, la alteración de las relaciones de poder en el seno de los principados italianos y de otras organizaciones territoriales parecidas—. Quizá, como su compatriota Colón, malinterpretó la naturaleza de